



## Rubén Darío frente al imperialismo sajón

### CONTINUACION

Y esta raza habría de ser una raza nueva, un conglomerado homogéneo, una fusión formulada que, un tanto poéticamente, definiría más tarde José Vasconcelos en 1925 en su libro *La raza cósmica*. Esta concepción antirracista y anti-segregacionista que informó el pensamiento hispanoamericano del cambio de siglo, llevaría al filósofo español Ramiro de Maeztu a hacer en su libro *Defensa de la Hispanidad* una definición de la actitud vital específica de los pueblos hispánicos como una creencia espontánea en la igualdad esencial de los hombres independientemente de su raza.

A principios de siglo, el hispanoamericanismo dejó ligeramente a un lado el concepto racial para comenzar a subrayar el contenido común que está constituido por la unidad de la cultura y de la lengua. Esta necesidad de afirmarse para defenderse de la penetración cultural sajona llevó a América a intentar mejorar sus relaciones con España y a aliviar la tensión lógicamente creada durante las guerras de Emancipación. Sirva de ejemplo simbólico el hecho de que, en el año 1900, el gobierno argentino mandó suprimir diversas estrofas de su himno nacional que, por tratar del tema de la independencia del país y la forma en que se obtuvo, se consideraron que podrían herir la susceptibilidad española. Desde entonces, la escuela filológica de Ortega Gasset, y principalmente su discípulo Julián Marías, ha afirmado sin titubear que Latinoamérica es la nación del futuro, considerándola asimismo como una potencia política latente y sin exageradas di-



Retrato de Rubén Darío por Vázquez Díaz

ferencias en su conformación.

La doctrina del hispanoamericanismo ha sido definida en su aplicación literaria como el Epos Hispánica. Y esta palabra o forma de expresión, esta escuela hispánica contempla en Darío su cenit, contándose entre sus seguidores poetas de la talla de José Santos Chocano, en Perú, Guillermo Valencia en Colombia, Leopoldo Lugones en Argentina, Amado Nervo en México o Julián del Casal en Cuba. Con referencia al tema que tratamos sería también idóneo citar aquí a José Enrique Rodó, contemporáneo de nuestro autor, y quien fue uno de los primeros que advirtió la amenaza de la hegemonía americana y que exaltó el idealismo de Ariel (América latina) para oponerle al materialismo de Calibán (la América sajona). Pero lo que es curioso, el hispanoamericanismo de Darío no surge desde un principio. Sus primeros libros de poesía, *Azul* y *Prosas profanas*, no incluyen este sentimiento y al publicarse este último, algunos críticos le niegan taxativamente al poeta

su americanidad. Ello constituye una interesante paradoja si se tiene en cuenta que, con el correr de los años, Darío iba a obtener los títulos populares de «cantor de la raza» y «poeta de América». Y no sólo esto, sino que algunos críticos le consideran una etapa fundamental en el desarrollo del indigenismo literario por su soneto sobre el caudillo Caupolicán y otros. Recuérdese que durante el Romanticismo y en general el siglo XIX el indianismo consagrado hacía aparecer al indígena americano únicamente como un elemento exótico y decorativo, sin estudiar sus problemas ni sus aspectos históricos. Y según Zayas de Lima la literatura indigenista tal y como hoy la conocemos no adquiere ímpetu hasta la tercera década del presente siglo, así que la llamada americanidad de Darío parece carecer de fundamento. Efectivamente, en la persona de Rubén se refleja como paradigma toda la evolución del americanismo literario y él mismo, tras hablar de «nuestra raza solar», nos dice: «En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inacabable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional» [1991: 144].

Tras su viaje a España, que precederá a la publicación de *Cantos de vida y esperanza* (1905), Darío regresa exaltando de manera entusiasta los ideales hispánicos, entendiendo por hispánico, como ya hemos indicado, un término opuesto a sajón. Darío encuentra una parte de su origen y proclama, en su verso *Los cisnes*: «Soy un hijo de América, soy un nieto de España» [1983: 68]. Por primera vez desde la indepen-

dencia, la cultura de España y la de América latina alcanza verdadera unidad e universalidad hispánica. Nicaragüense, centroamericano, chileno, argentino, español de América y americano de España. Todas estas patrias tuvo Rubén Darío y no sólo él supo mirar a cada uno de estos países como a su patria, sino que fue mirado por todos ellos como su hijo, obteniendo con justicia el título de ciudadano hispánico.

Rubén Darío supo intuir y comprender el sentimiento del porvenir de la América latina, que más adelante encontró su expresión más alta en el *Canto a la Argentina* (1910) -nación a la que amó siempre, por ser, en su opinión, la que encarnaba la mayor promesa de América y a la que llamó la Atlántida resucitada-, pero supo entrever asimismo el peligro que los Estados Unidos constituían para las posibilidades de ese futuro. Su sentimiento hacia este país estaba mezclado de admiración, por lo que tienen aquellos de máxima realización americana, de temor a sus aspiraciones imperialistas panamericanas y de afirmación de la diferencia radical e irreductible de las dos Américas. El primer aspecto citado -la admiración- se encarna en el poeta Walt Whitman, al que identifica con la democracia y al que dedica un poema definiéndolo como: «...el gran viejo / bello como un patriarca, / sereno y santo» [1984: 150].

En cuanto al peligro del expansionismo norteamericano, Darío es bien consciente de él y en su verso *Los cisnes* se pregunta: «¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? / ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?» [1983: 68].

Cuando el poeta se enfrenta abiertamente con el problema, su primera reacción es de fatalismo pesimista. Y, anunciando la inminencia de lo temido, dice: «Mañana podemos ser yanquis (y es lo más probable)», utilizando un término que indica una connotación ampliamente despectiva. Pero sabe reaccionar con presura y colocar su opinión enfrentada a la tendencia sajona, mediante su elaboración del poema *Oda a Roosevelt* en donde repetidamente preconiza, con una virilidad artística superior, la solidaridad del alma hispanoamericana ante las posibles tentativas imperialistas

de los hombres del norte. Por ello, y teniendo en consideración lo innegable de la amenaza, en el Prólogo al libro *Cantos de vida y esperanza*, afirma: «Si en estos cantos hay política es porque aparece universal, Y si encontráis versos a un presidente es porque son un clamor continental» [1983: 2]. Aquí Darío se nos presenta como el portavoz valiente de la América latina.

El verso A Roosevelt, considerado temáticamente como poesía civil, expresa los ideales e inquietudes de los países latinoamericanos ante el progreso y el avance de los Estados Unidos, en aquel momento simbolizados por el político Teodoro Roosevelt, Presidente en 1901, reelegido en 1904. Darío, en 1905 le considera ya como el símbolo del imperialismo amenazador, confiriéndole el apelativo de cazador y subyugador. Esto queda patente mediante el símbolo que expresa la frase: «...y domando caballos o asesinando tigres / eres un Alejandro-Nabucodonosor» [1983: 48].

Esto ha de entenderse en el sentido de que lo que no se acomode a sus deseos (como lo hace el dócil caballo) sino que posee una naturaleza independiente (el caso del tigre) ha de ser racionalmente eliminado. Darío acusa además abiertamente a Roosevelt de querer ser el invasor de la América ingenua. Por una ironía de la historia, al año siguiente, en 1906 y por su ayuda al término de la guerra ruso-japonesa, Roosevelt es galardonado con el Premio Nobel de la Paz. Esta visión que el mundo tiene de él hace aún más interesante, si cabe, aquella de Darío que interpreta la visión estadounidense de la historia como un despliegue de fuerza y sus resultados subsecuentes, como aparece en el poema: «...crees / que donde pones la bala, el porvenir pones» [1983: 49].

Concretando más, el poeta señala en la persona del estadista las principales características -a su juicio- de la nación norteamericana. En sus palabras, son cultos, son hábiles y se oponen a Tolstoy y a su teoría del neocristianismo, según la cual hay que vivir vidas sencillas y no ofrecer resistencia violenta al mal. Los EE.UU., por el contrario, recrean en su propio poder y su esfera de influencia en el resto del continente: